

# Una utopía concreta para nuestra Iglesia

PEDRO TRIGO

Vamos a indicar algunos rasgos de lo que pensamos podría ser una utopía concreta para la Iglesia venezolana. No se trata de presentar lo que meramente debería ser o sería deseable que fuera. Nos referimos por el contrario a procesos que ya están en marcha, a horizontes efectivamente queridos por sujetos sociales existentes, a tendencias que reconocemos preñadas del Espíritu de Dios y que por eso proponemos como metas a consolidar y custodiar. Nos referimos en segundo lugar y complementa a algunos aspectos poco realizados por nosotros hasta ahora y que sin embargo sentimos necesidad de desarrollar.

## IGLESIA CERCANA AL PUEBLO, POBRE Y LABORIOSA

El primer rasgo se basa en nuestra larga historia republicana. El conflicto con el Estado (cuyo clímax tuvo lugar en tiempos de Guzmán Blanco) y la inexistencia de un partido conservador con quien aliarse en los años de la Restauración, dieron lugar a una institución eclesiástica despojada, despreciada por las fuerzas vivas, sin poder. La desarticulación casi completa de la institución eclesiástica en un país caracterizado por su implantación desigual y en gran parte reciente y débil, debe considerarse como un mal de graves y prolongadas consecuencias. Pero esta situación comportó también algunos bienes inestimables. En estas condiciones los cristianos aprendieron la fecundidad de la acción humilde, sin prestigio ni poder, pero útil y perseverante. La Iglesia venezolana aprendió que pasar necesidades puede servir para abrir los ojos a los problemas de los hombres y mujeres concretos, sobre todo los más necesitados, puede servir para seguir más libremente a Jesús; aprendió que en la debilidad actúa el Espíritu de Jesús como una fuerza escondida.

Pero es muy humano que una institución golpeada busque su reivindicación, que una institución precaria busque no sólo su asentamiento sino que se afine en su instalación como una adquisición que ha de mantenerse al precio que sea. Era necesario y fue muy positivo el *modus vivendi* (gloria del cardenal, del nuncio de entonces y de los políticos fundadores de esta democra-

cia). Pero cada situación, aun buena, encierra su peculiar pecaminosidad y la pecaminosidad de la actual reconciliación es que el encuentro entre la Iglesia y el Estado no se lleve a cabo en la tierra del pueblo, a cuyo servicio se dicen ambas instituciones, sino en las alturas de los que dominan. No toda honra a los ministros de Dios redundará en gloria de Dios. Ni todo reconocimiento a los representantes del pueblo implica un efectivo reconocimiento al pueblo. Hay aquí sin duda una tentación a la que en un primer momento es casi imposible no ceder en alguna medida. Pero en la que no cabe persistir sin grave detrimento de las partes implicadas. Fue prácticamente irresistible para la Iglesia del siglo IV, golpeada tan duramente por las persecuciones, la proposición de Constantino y la posterior de Teodosio. Nosotros también tenemos nuestra particular tentación de pactar casi sin condiciones con nuestros "emperadores cristianos". Claro que ahora la situación es más sutil. Se trataría de una nueva cristiandad; pero, como la vieja, se realizaría en las alturas del poder, y a cambio de privilegios y una representatividad casi vacía privaría a la Iglesia de su palabra de denuncia y anuncio, y dejaría sin evangelio a los pobres, sus destinatarios naturales.

No creemos que resulte temerario ni escandaloso afirmar que de algún modo hemos cedido a esta tentación. Pero por una parte estamos aún en el encantamiento inicial y además no hemos vendido nuestra alma al diablo (Mt 4,8-10; Mc 8, 31-33). Todavía estamos a tiempo y aún no se ha olvidado la historia gloriosa de una labor pastoral oscura, tenaz y fecunda. Se nos pediría que no despreciemos este pasado, que no lo veamos como un mal trago que felizmente ya pasó sino como un tesoro que debemos custodiar de los halagos como antes lo hicimos de los desprecios.

Los azares de nuestra historia nos configuraron como Iglesia pobre, humillada, cercana al pueblo y laboriosa. Se trataría de que en estos azares veamos la mano providente de Dios. Y que lo que un día fue necesidad hecha virtud sea hoy pura virtud que insensiblemente se irá volviendo de nuevo necesidad.

Puebla, hablando de la pobreza, pide a la Iglesia "revisar sus estructuras y la vida de sus miembros" (1157). Así convertida "presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor" (1158). Esta imagen no será en nuestro país una total novedad; aunque con las limitaciones propias de su época, de algún modo ya existió y en parte existe renovada. Cuando uno ve a monseñor Márquez proponer a su clero comunidad de bienes en la austeridad y le oye hablar del "ansiado momento en que podemos crear un instrumento sustitutivo" del arancel, comprende que la semilla germina ya en los corazones. Cuando leemos en el directorio de la diócesis de Cumaná: "Ojalá llegue el día en esta diócesis, en el que, en todos y cada uno de sus templos y parroquias no se celebre sino una sola Misa diaria, bien preparada y mejor participada, como punto de partida y meta de toda acción apostólica. Así se evitaría la comercialización e instrumentalización de las misas", y cuando para lograrlo se suprime el arancel comprendemos que se están dando pasos para contar con Dios antes que "con el 'tener más' y el poder secular" (P. 1158).

## IGLESIA LIBERAL

Esta misma historia (el hecho de que desde la guerra federal ni siquiera haya existido un partido conservador) ha influido en lo que hasta hoy constituye el timbre de gloria del cristianismo venezolano: su talante liberal. Hasta ahora se había valorado en nuestra Iglesia a la persona sobre la ley; el obispo o en su tanto el cura pretendía ser antes un pastor que un funcionario. A diferencia de otros países hermanos, hasta ahora en Venezuela como que había prevalecido el servicio concreto al hombre, la caridad y la comprensión sobre lo oficinesco, lo disciplinar y desde luego sobre lo sectario, lo represivo, lo inquisitorial. Claro que la Iglesia de la Restauración fue una Iglesia militante; pero aun los polemistas más acérrimos trataron en nuestro país con toda el alma de cumplir el lema de **La Religión: Amad a**

**los Hombres, detestad los errores.** Este aforismo no se tomó como un mero imperativo religioso sino que se había consustanciado con una forma de ser.

Esta característica llegó a ser apreciada por instancias superiores y por agentes pastorales llegados de otras tierras como inconsistencia, como lenidad, como falta de identidad. Fue preciso que se realizara el Concilio y que se asimilara para poder comprender la profundidad teológica, la congruencia cristiana de lo que hasta entonces se viviera intuitiva y espontáneamente. El bellissimo y trascendental discurso de clausura (7-12-65) en el que Pablo VI expresó la quintaesencia del Concilio, ¿no expresaba también connaturalmente lo que los cristianos venezolanos sentíamos de la religión? ¿No era la religión del pueblo venezolano, como la del Concilio, la religión de la caridad y la misericordia?

Este talante liberal, al relativizar la institución, trajo como consecuencia que la polarización carisma-institución, que fue tan radical en otras partes, no produjera entre nosotros desgarrones tan violentos. Al relativizarse a sí mismos, los representantes de la institución eclesíastica no produjeron los anticuerpos de otras partes. De ahí la carencia entre nosotros de anticlericalismo, caso casi excepcional en América Latina. Esta institución, en cierto modo consciente de sus límites y de sus limitaciones, sufrió menos que otras el pecado de la soberbia y autoabsolutización, y al reducirse a su verdadera significación y proporciones y mantenerse en ellas se salvó del peligro siempre acechante de convertirse de medio en fin, de fetichizarse.

Esta historia sin embargo se encuentra en una encrucijada: Sobre todo desde otras instancias foráneas se tiente a nuestra Iglesia a "judaizar", a dejar la libertad del Espíritu por la servidumbre de la Ley. La onda de neoconservatismo que recorre al mundo y que trata de paralizarlo por el miedo a la muerte (Hebr. 2,15) absolutizando las instituciones y sometiendo a ellas a los hombres (Mc 10,42; 2,27) trata también de infiltrarse entre nosotros y de robarnos la liberalidad, nuestra herencia más hermosa. Suplantando a Cristo, tratan de decir "quien no está conmigo está contra mí" (Lc 11, 23; cf. 9,50) y de impedir lo que no salga de las instancias superiores. Los sacerdotes no serían ya pastores sino fariseos que mantendrían relaciones de control con los de dentro y de proselitismo y lucha con los de fuera. Por esta pendiente se multiplicarían las medidas discipli-

narias y de los curas se llegaría incluso a los obispos. La gente terminaría tragándose su pensamiento y la inquisición reinaría en vez de Cristo. Gracias a Dios esta imagen dantesca no es realidad sino sólo peligro real en nuestra Iglesia.

Por eso, como utopía concreta, proponemos elegirnos conscientemente como un día fuimos intuitivamente: representantes de la liberalidad de Dios. Eso significa poner la dignidad de la persona humana y la misericordia por encima de todo. El soporte teológico de esta actitud, además del Concilio y Puebla, serían las dos primeras encíclicas del Papa que desarrollan ambos tópicos ampliamente. La imagen de este agente pastoral sería la que diseña Puebla: "Los pastores están dentro de la Familia de Dios a su servicio. Son hermanos, llamados a servir la vida que el Espíritu libremente suscita en los demás hermanos. Vida que es deber de los pastores respetar, acoger, orientar y promover, aunque haya nacido independientemente de sus propias iniciativas. De ahí el cuidado necesario para 'no extinguir el Espíritu ni tener en poco la profecía' (1 Tes 5,19). Los pastores viven para los otros. 'Para que tengan vida y la tengan en abundancia' (Jn 10,10). La tarea de unidad no significa ejercicio de un poder arbitrario. Autoridad es servicio a la vida. Este servicio de los pastores incluye el derecho y el deber de corregir y decidir con la claridad y firmeza que sean necesarias" (249).

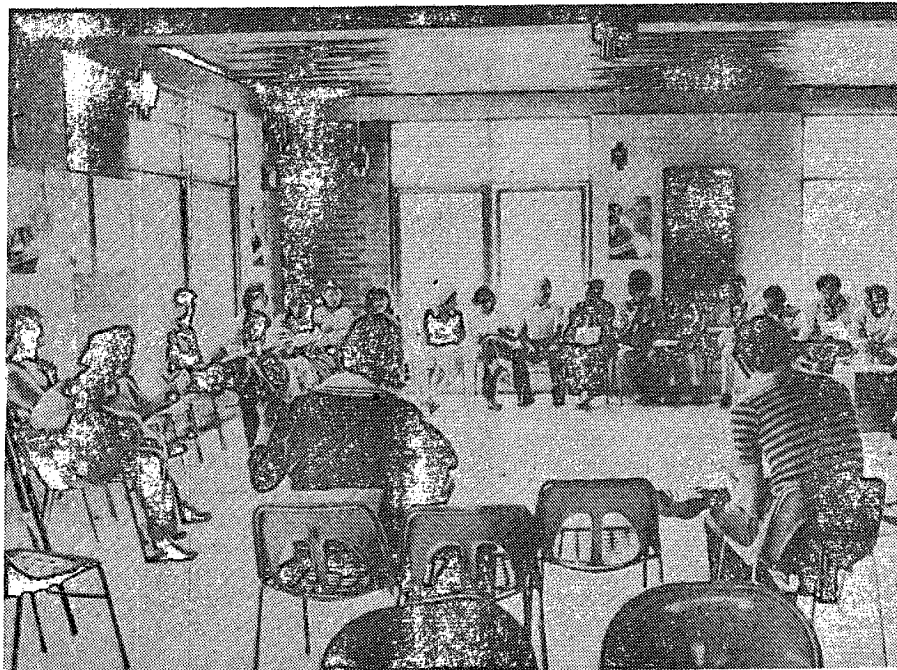
Las consecuencias sistemáticas de esta preferencia de la persona sobre la ideología o la institución serían, de un

modo positivo considerarse siempre en misión, al servicio de los otros, sobre todo de los que no están en el redil (Lc 15, 1-7) y de los pobres (Lc 6,20; 7,22), y de un modo negativo evitar incluso aparecer como al servicio de la institución anteponiéndola al hombre, evitar incluso aparecer ligados a un partido aunque se llame cristiano, evitar incluso aparecer como consagradores de la propiedad capitalista (bancos, centros comerciales, "fuerzas vivas"....).

### **IGLESIA QUE SOCIALIZA LA CREATIVIDAD RELIGIOSA DEL PUEBLO**

Las dos caracterizaciones hasta aquí desarrolladas se dinamizan con una tercera que también arranca de los más hondos veneros de nuestra historia. Me refiero a la creatividad religiosa del pueblo, una de las manifestaciones de la iniciativa con que el hombre venezolano encara la vida a los diversos niveles, desde el habitacional al del trabajo, pasando por el de la convivencia social y el de la producción de cultura. Entre nosotros cada quien hace de un modo o de otro su experiencia religiosa, cada quien tiene su patrón particular y sus ritos privados, cada quien se forja su propia concepción religiosa como construye su explicación científica del mundo o su concepción de la vida, del amor o de la política.

Esta situación es fuente de riqueza inagotable y parapeto contra uniformizaciones paralizantes. Sin embargo el punto débil de esta personalización es el individualismo disolvente a que da lugar.



Naturalmente que este lastre proviene de la situación social masificadora y quebradora de solidaridades. El reto de nuestro cristianismo está por tanto en socializar esta riqueza. No es solución arrasarla midiéndola por un patrón uniforme. Nuestro desafío está en equilibrarla en el servicio mutuo. A este nivel la utopía concreta consistiría en hacer el camino desde la subjetividad experimentada y gustada, a la comunidad elegida. En este camino se constituye la Iglesia, que consiste a su nivel más profundo en llevarnos mutuamente en nuestra fe.

Para eso hay que instaurar en nuestra Iglesia algo que hemos desarrollado escasamente: el diálogo. Sólo dialogando puedo conocer y participar de la experiencia religiosa y de la percepción cristiana de los demás. Pocos canales existen entre nosotros para entablar establemente este diálogo vivo, esta mutua transfusión de fe y de vida cristiana. Pero si queremos que esta enorme riqueza de personalidades cristianas no sea como granos de trigo que se quedan solos o como talentos enterrados, es necesario crearlos. Teniendo esto presente decía Mons. Ovidio Pérez Morales que "la pastoral ha venido funcionando en base a una estructura a dos niveles: Iglesia - Diócesis e Iglesia - Parroquia. Se hace necesario, por tanto, trabajar ya desde ahora en la promoción y organización de otros niveles"; entre ellos se encuentran los que denomina Iglesia - Zona Pastoral, Iglesia - Diaconía, Iglesia - Base e Iglesia - Familia. No se trataría tanto de "bajar la línea" elaborada en la cumbre hasta las bases, cuanto de intercambios fecundos a todos los niveles dentro de la libertad de los hijos de Dios y con miras a hacer efectiva la liberalidad a que hemos aludido, desde la situación de pobreza de medios y riqueza de Espíritu en que viven nuestras mayorías.

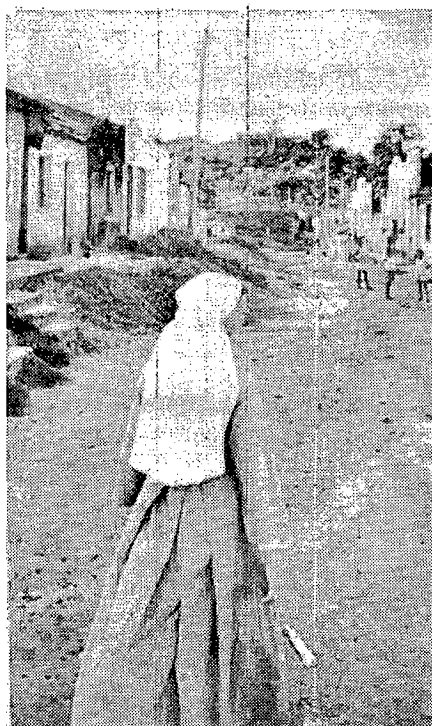
Esta Iglesia - Base funciona sobre todo (anota Puebla recogiendo la experiencia compartida) "en la periferia de las grandes ciudades y en el campo" (629), "en el seno del pueblo" (642). Es sobre todo a este nivel de los grupos cristianos populares al que se juega el porvenir de nuestro cristianismo. Si en él se fracasara sólo cabrían la antiutopía de una Iglesia masificada que consume los sacramentos y las cosas sagradas como cualquier otro producto de la sociedad de consumo.

Este socializar la creatividad religiosa del pueblo tiene en nuestro país un reto que no aparece quizás tan urgente en otros países hermanos: se trata de

la constitución de grupos cristianos populares, no tanto a partir de los elementos comunitarios tradicionales (indígenas y campesinos) sino a partir de los elementos que emergen de la modernidad (cf. Puebla 360). Pero este es tema para largo que dejamos para otra ocasión.

### SUSTITUCION DE IMPORTACIONES

Desde estas tres líneas de fuerza, que reconocemos como tendencias que deben ser estimuladas, podrán desatarse otros procesos que fuera de este contexto no pasarían de deseos ineficaces. Ante todo la política que calificaremos de "sustitución de importaciones", para contener el galopante proceso de desnacionalización que se cierne sobre el cristianismo venezolano. No se trata evidentemente de rechazar lo foráneo desde un nacionalismo chauvinista. Jesús nuestro Señor es un judío y nosotros como católicos nos definimos por la comunión con las demás iglesias locales y en primer lugar con el centro de unidad que constituye para nosotros el obispo de Roma. Nos referimos solamente a que por diversas razones (entre otras por la abrumadora mayoría de agentes pastorales venidos de otras tierras y unidos aún umbilicalmente a sus iglesias de origen) se importan sin discernimiento libros, ornamentos, costumbres, organizaciones... que se inculcan sin más al pueblo y que se los recambia como si fueran objetos de moda según se le ocurre al agente pastoral. De este modo el pueblo se desconcierta, no



puede asimilar lo propuesto y acaba sin saber a qué atenerse. Pero esto, con ser grave, no es lo principal ya que forma parte del pluralismo a todos los niveles que caracteriza nuestra situación. Lo trágico es que de este modo se impide que en nuestro país, entre nuestros cristianos surjan procesos y se desarrollen y lleguen a madurar y dar sus frutos. Y esto es lo que necesitamos para constituirnos en Iglesia local. Para alimentar procesos propios, sean bienvenidos los materiales que se vean convenientes; pero estos materiales estorban cuando sustituyen el necesario esfuerzo propio. De ahí la urgencia del proceso de "sustitución de importaciones". Y no sólo ni principalmente a nivel de personas sino a nivel de cantos, rezos, libros, organizaciones, pautas de comportamiento, ritos, símbolos, pensamiento.

De lo dicho se sigue que al hablar de "sustitución de importaciones" no nos estamos refiriendo al modo como esta política se implementa en el área de la economía donde significa producir en el país a mayor costo y con menor calidad el mismo producto que se importaba. Lo que requiere nuestro cristianismo es por el contrario llevar a la práctica el lema de Simón Rodríguez: "O inventamos o erramos".

### IGLESIA PROFETICA

Para terminar quisiera apuntar al menos otro elemento bastante ausente de nuestra Iglesia en estas últimas décadas. Me refiero a la profecía. Nuestro régimen político ha devaluado de modo alarmante la palabra. Lo primordial de la palabra pública no es ya la referencia a la realidad. La pretensión de verdad no rige nuestros códigos comunicacionales. Se trata ante todo de lograr determinados efectos sobre el pueblo, masificándolo según las técnicas más refinadas de manipulación.

En esta situación la profecía como palabra de verdad, de desenmascaramiento, de juicio y de esperanza, es un ineludible signo de los tiempos en el que hemos de leer el requerimiento apremiante de Dios. Pues bien, creo que sólo desde los procesos aludidos cabe entre nosotros una Iglesia profética. Sólo una Iglesia pobre, sin poder mundanal, posee la fuerza y la libertad necesarias para la profecía. Y desde los rasgos apuntados podrá corregir la profecía su propia pecaminosidad al ser pronunciada desde abajo, por el puro poder de la palabra y al proferirse no de modo arrogante sino, también en este caso, con liberalidad. Que así sea.